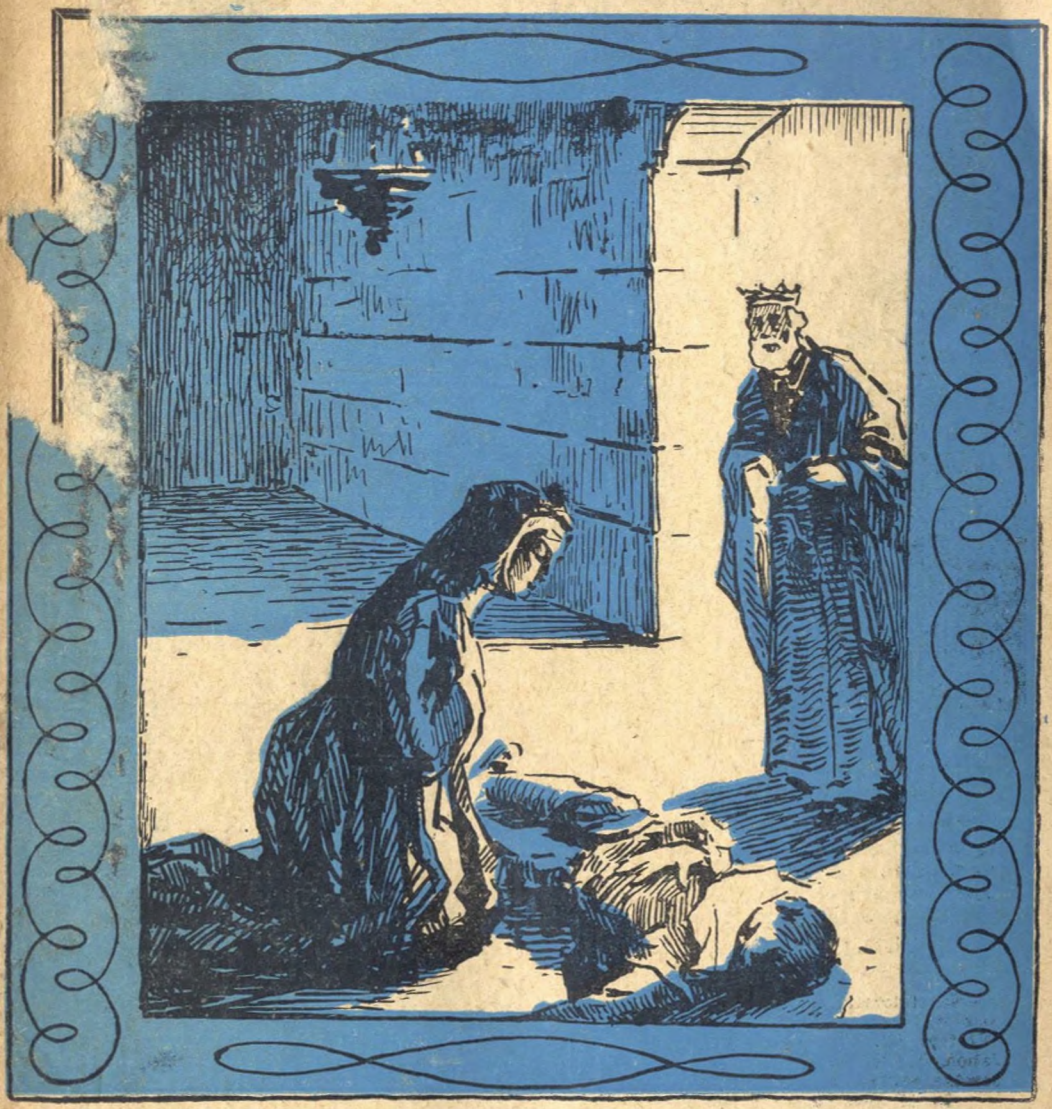
Los Contemporáneos Núm. 757.



LA LUZ DEL DESENGAÑO

NOVELA POR

Diego San Jose

20 cts

—¿Qué producto es el mejor,
entre los de tocador,
para obtener hermosura?
—Para mí, la PECA CURA.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa, *Ginesta*, Rosa de Jericó, *Admirable*, Manantial. *Chipre*, Rocío Flor, *Rosa*, Vértigo, *Clavel*, Muguet, *Violeta*, Jazmín. **Jabón, 2**; Polvos, 4, Loción, 4,50, 6,50 y 20 **pesetas, según frasco.** Esencia para el pañuelo, 18 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hermanos.—(Sarriá). Barcelona.

SARNA (ROÑA)

Cúrase en diez minutos con el acreditado

SULFURETO CABALLERO

De venta en Farmacias y Droguerías y en el Laboratorio del Autor

Asalto, 86, Farmacia.—BARCELONA

¡Desconfiad de las imitaciones!

UNA SEÑORA

ofrece comunicar GRATUITAMENTE a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D.ª CARMEN T. GARCÍA, Salmerón, 167.—BARCELONA.

Las tapas para la encuadernación de

LOS CONTEMPORÁNEOS

se encuentran de venta en esta Administración al precio de

2 PESETAS

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS GUANTES
GÉNEROS DE PUNTO

Elegancia, Surtido y Economía

12, CAPELLANES, 12

Precio fijo

LOS CONTEMPORANEOS

La dirección advierte a los señores colaboradores espontáneos, que agradeciendo mucho la deferencia que para esta publicación representa el envío de sus originales, no mantendrá correspondencia acerca de ellos ni publicará otros trabajos que los solicitados expresamente

Letras Contemporáneas

En esta nueva sección daremos cada semana la nota literaria de actualidad, aunque ahora, por la fuerza de la estación, parece que *Apolo* gusta más de la apacible siesta, de que con tanto donaire y espíritu crítico le sacó el ingenio de don Leandro Fernández de Moratín; las *Musas* también parece que huelgan indolentes y patitendidas por las siempre feraces selvas del Olimpo, sin curarse para nada de darse una vueltecita por la Tierra, para ponerse al oído de nuestros príncipes del ingenio. Desde luego, que los libros que no valgan la pena, aunque sean de amigos, no tendrán fuerza bastante para mover en su elogio, ni siquiera en su comentario, nuestra modestísima pluma.

De las malas obras, así personales como literarias, no es bueno que se haga mención, para que su maldad no haga prosélitos.

Para los mercaderes de libros (que no son, ciertamente, quienes los venden, sino quienes los escriben, más de acuerdo con *Mercurio* que con *Apolo*, aunque a la postre salgan a la greña con entrambas deidades), daremos el más piadoso silencio y eso nos tendrán que agradecer, pues que si fuésemos a ocuparnos de sus graciosos disparates y la fatuidad que suelen tener sus autores metidos a lo que no entienden, parecería que se nos antojaba hacer la competencia a los festivos colegas que viven del retruécano y de la incongruencia.

Dice un veterano autor, muy amigo nuestro, cuya vida guarde Dios muchos años (viéndolo tú, querido lector, como asimismo nosotros), que nada hay tan sufrido como una máquina de imprimir porque aguanta todo lo que la echan encima; ciertamente que con ello ha dicho una gran verdad.

La novela pornográfica está en todo su apogeo; le ha llegado su Renacimiento al parecer, autores y lectores la cuidan con tanto cariño que va a ser cosa de ir pidiendo el *Premio Nobel* para alguno de sus más conspícuos cultivadores.

Menos malo que entre labor tan canallesca, ni siquiera tabernaria, porque en las tabernas, aunque embrutecida, suele campar la virilidad, florece alguna que otra producción del antiguo régimen, pongamos por ejemplo los últimos libros de José Francés, de Andrés González Blanco y Germán Gómez de la Mata.

El nombre de Galdós vuelve a estar en el ánimo de los lectores con la publicación de sus obras inéditas, debidas al españolismo de Alberto Ghiraldo, y aun el jardín histórico da frutos tan bellos y sazonados (que a la par que ilustran recrean el espíritu de quien gusta de mirar al pasado), como *Fernando VII*, *Rey constitucional* y *El testamento de Carlos II*, debidos, respectivamente, a las hidalgas plumas del Marqués de Villaurrutia y Alfonso Danvila.

Tal es, hasta ahora, el balance literario que puede ofrecerse al lector, hasta tanto que acabemos de leer las obras mencionadas, dándole luego la impresión justa y honrada que hayan dejado en nuestro sentir.

Los Contemporáneos Año XV.—Núm. 757
26 Julio 1923.

DIRECTOR: DIEGO SAN JOSÉ

La luz del desengaño

EL CORAZÓN DEL JUGLAR (1)

Este era un rey, que tenía
para curarse el pesar
de intensa melancolía,
un juglar.
Sus farsas y sus consejas
como ejemplares quedaron,
y a reinas nuevas y viejas,
solazaron.
Tanto donaire ponía
en las farsas que inventaba,
que nadie la primacía
le usurpaba
en urdir con más gracejo
cuentos para su señor;
en fin, a tu juicio dejo
su primor,
pues, no conozco un cristiano
que a no estar falto de juicio
diga bien de otro paisano
de su oficio.
Pero, una tarde el juglar
tanto y tanto se rió,
que a la luz crepuscular
se murió.
Mucho sintió el señor rey
la muerte del pobre loco,
pues le fué tomando ley
poco a poco.
Se encaminó al torreón
donde el cuerpo muerto estaba
y una monja en oración
le velaba.
Quiso verle, levantar
mandó el tul que le cubría
y vió el rostro del juglar
que reía.
"Hombre genial ya finaste
la jornada del vivir
—dijo el rey—y no cesaste
de reir.
A fe, querido bufón,
que mucho me holgara el verte
cual te quedó el corazón
con la Muerte."
Contempló otro largo trecho
el rostro de su *lebrel;*
le hundió una daga en el pecho
y brotó un chorro deshecho
de hiel...

(1) Del libro de versos *Hidalgos y Plebeyos.*

(A MANERA DE PRÓLOGO)

ENTRETENIENDO EL CAMINO

En un anchuroso coche de camino, tan amplio y holgado que casi parecía una habitación puesta sobre ruedas, y arrastrada por cinco robustas mulas que no las tuviera tan orondas y lucidas un arzobispo, hacían jornada desde Madrid a Sevilla, dos damiselas de poca edad, lindos capullos de mujer, una dueña venerable y todavía de buen rostro y no mal cuerpo, que no de aquellas quintañonas con celestinescos resabios, que tan bellacamente andan en los breviarios de la picardía castellana, y un rodrigón ahidalgado tan respetuoso y venerable, que pudiera dar quince y falta a un conde leonés.

A la zaga del coche marchaban jinetes y bien pertrechados de carabinas y pistolas de arzón media docena de mozos que no hubieran hecho mala traza en una escuadra de batidores del mismo Rey Nuestro Señor, que Dios guarde.

Todos ellos gente de bulla y poco hecha a caminar sosegadamente, pues alguno que otro fué espanta-arrieros en los caminos e hizo sus méritos para bailar, colgado por el gaznate, al cabo de una soga ensebada, llevaban el viaje con poca pesadumbre y mucha holgura del ánimo.

En las paradas que para comer hacíanse en pleno campo, cuando la venta estaba lejos, armaban ellos su ranchería aparte, y sin cuidarse poco ni mucho del respeto de los encochados, refocilábanse, en tanto el condumio se aderezaba, con el librillo desencuadernado de los cuatro reyes, que en todo tiempo fué poderoso imán de faltriqueras y bolsillos.

Nada les decían sus amas, pues que el poderío que pudieran haber sobre ellos no alcanzaba a más que a pedirles fidelidad y ampararles en cualquier mal encuentro que pudieran haber durante la jornada contra los inciviles amadores de lo ajeno, que a la sazón poblaban casi todos los caminos de España, sobre todo los de la Mancha y Andalucía.

Las señoritas que iban en el coche eran hijas de un rico *veinticuatro* sevillano (cuyo nombre, por no ser cosa necesaria, no ha conservado el narrador de estas páginas), que habiendo pasado una larga temporada en la Corte con motivo de las fiestas que en ella se hicieron para distraer al señor Príncipe de Gales, que vino a matrimoniar con la infanta doña María Teresa, hermana del cuarto Filipo, y fuese al cabo de más siete meses, dejando el matrimonio en esperanza, pero con el ánimo muy bien distraído en fuerza de fiestas y holgorios, volvíanse a su tierra andaluza.

Tipos enteramente opuestos eran las dos hermanas: rubia la una como los trigales en sazón, los ojos azules,

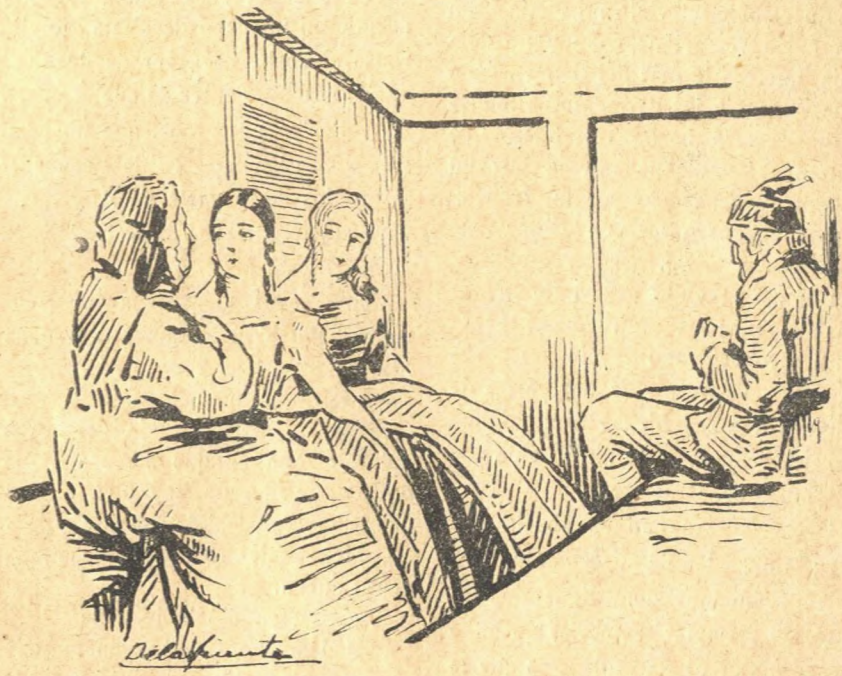
a la manera del cielo en un día sereno de Mayo; morena la otra, que pudiera tenérsela por un jirón alcurniado de la raza gitana, los ojos grandes y negros como penas cuajadas en luz.

Llamábase la dorada doña Marta, y su hablar agraciado, así como el de su hermana, con el encanto del ceceo andaluz, que tan bien hace en la charla de la mujer, era dejado y meloso, con un ritmo blando y suave.

La morena atendía por doña Violante, y aunque el habla ya queda dicho que era ceceosa, como la de su hermana, parecía más recia y vehemente, tenía menos tonos de súplica y más de mandato.

A lo que parece, según lo poco que hablaban, no debían hacer el viaje muy a su gusto; la autoridad paterna debía andar en ello.

Así era verdad que iban con más pesadumbre que contento, pues la llamada doña Marta dejaba un martelo cuajado en noviazgo, y la otra, doña Violante, andaba prometida en matrimonio a un viejo prócer con más dinero que pesaba y más años que el Alcázar de Madrid y la vetusta cuesta de la Vega que tiene al margen.



La dueña, doña Guiomar, que estaba muy al tanto de entrambos problemas del sentimiento y que con ellas hacía oficios de madre, desde el

punto y hora en que les faltó la verdadera, miraba a distraerles las horas tediosas del camino con historias y cuentecillos que les apartara los pensamientos de las quimeras en que les traían puestos.

Y era, a lo que yo tengo averiguado, mujer de tan buen ingenio para urdir patrañas y de tan fácil y amena palabra para referirlas luego, que las dos cuitadillas solían olvidarse de sí mismas y de sus cosas mientras su merced hablaba.

En cambio, el viejo no metía baza en la conversación; cuando no dormía, que era lo más del tiempo, daba vueltas entre las sarmentosas manos a un *rosario* hecho con huesos de aceituna labrados a navaja por un galeote y bendecido por un franciscano misionero que en China fué carne de martirio.

Cuando el viejo estaba de humor parlanchín, pues ordinariamente era muy reconcentrado y metido en sus propios pensares, solía dar razón de quién era aquel bienaventurado que tan desprendidamente dió su vida por el triunfo del Crucificado.

Decía que fué un su abuelo que tuvo la mocedad de un demonio, para quien, como aquel don Miguel de Mañara, de ejemplar memoria, no hubo ley, ni honor ni conveniencias que le mereciesen respeto. Por un pleito de amor hizo una muerte, y hubo de poner tierra por medio para librarse de las garras de la señora Justicia.

Estuvo en Francia con el Emperador; en Italia, con el marqués de Pescara; y un buen día, sin que se supiera qué causa le moviera, hizo renunciación de la vida y tomó el hábito de San Francisco en Roma.

Pidió que le enviasen a las misiones de China, y allí acabó horrorosamente su vida, y a la hora presente a punto de tener un lugar en los altares...

Al tiempo que se comienza esta historia, habían terminado de comer los viajeros en un fresco vallecillo, al pie de una fuente clara y fría, y luego de que por ser tiempo de estío durmieron un poco de siesta, volviéronse al coche para ver de llegar al pueblo próximo antes de que cerraran las tinieblas nocturnas, que no eran a la sazón los caminos de España, y menos los de la parte de Andalucía, para andar por ellos si no les bañaba la luz del sol.

Como todos viéronse acomodados en la habitación andante, dijo doña Marta:

—¿Por qué no nos cuentas, ama Guiomar, aquella conseja del bufón dolorido, que aunque muchas veces la tienes dicha no hay otra alguna que te haya escuchado con más gusto?

—Melancólica estáis...—exclamó la gentil dueña.

A que respondió la doncella.

—Qué mucho si estoy enamorada y eso que te pido y tan bien sabes es la historia de un amor hondo y triste.

—Mejor quisiera yo una cosa alegre, alguna jácara de Quevedo o algún cuentecillo picaresco, pues para tristezas bastantes tengo con pensar en el viejo que mi padre me ha bus-

cado para marido, bien en contra de mi voluntad y de mi gusto — habló doña Violante.

—En cuanto oigas dos párrafos de esto que yo digo—arguyó la hermana—bien sé que se te irán tras él todos los sentidos. Cuéntale, Guiomar.

Y como doña Violante no opusiera nuevas repulsas, la dueña, que no había más anhelos que dar gusto a sus amas, comenzó con cierto tonillo misterioso que le iba muy bien a su pastosa y bien timbrada voz de contralto, en tanto que el vejete, empuñando la piadosa invención de Santo Domingo, arrellanóse en un rinconcito y comenzó a contar muy por lo bajo *paternoster* y *Avemarías*.

La dueña comenzó su conseja de esta suerte:

—"Hijitas de Dios y amitas de mi alma: De esto que queréis que os diga, ya habrá muchos años. De muy muchacha, que apenas si había pisado ya los bellos linderos del abril de mi vida, oíselo contar a una mi abuela tan viejecita, que del siglo pasó tres años adelante.

Decía mi dicha abuela, que érase un señor feudal, de aquellos que tenían derecho de vidas y haciendas sobre sus colonos, el cual había un hombre de placer de estos que aún hoy dicen *sabandijas* en los palacios, o bufones para que mejor lo entendáis, al que llamaban *Gironcillo,* y daba fe como si hubiérale conocido y entablado más de dos parletas con él, de que era el mismo diablo en persona para urdir cosas de mucho regocijo y donaire.

Era pequeñico, un poco maltrecho del espinazo y de no muy buena cara, aunque no nada espantable ni repulsivo, antes bien parecía que la incorrección de sus facciones dábale gentil gracia para el buen curso de sus agudezas y chabacanerías.

El amo de este pobre hombre y de aquella comarca en más de veinte leguas a la redonda, era un viejo cruel, de continuo malhumorado.

Contábanse de él tantas incivilidades, que ponían espanto en los espíritus más fuertes. El *Enemigo* teníale tan por su cuenta, que cuantas trampas inventó para perder a la Humanidad (que dicho sea de paso tan poco necesita para descarriarse por los intrincados laberintos del Pecado mortal) florecían en su alma con tan exuberante lozanía como las flores en los jardines y los frutos en los huertos.

Las cercanías de su mansión estaban sembradas de cepos traidoramente ocultos para prender a los caminantes confiados, a quienes luego se holgaba con quitarles la vida con refinados tormentos, pues su alma era tan negra, que gozaba con el dolor ajeno, así como otros buscan el placer en la Lujuria o en la Gula.

Cuando quería distraerse con las burlas del triste bufoncejo y éstas no acertaban a ser tan felices que consiguieran sacarle de sus melancolías, maltrataba al infeliz siervo con tan desmedida saña, que muchas veces tendióle a sus pies falto de sentido, de suerte que *Gironcillo,* aunque no fuese más que por amor a su carne,

curaba de mantenerle siempre propicios los manantiales de la risa.

Fuera de su regocijado menester, nada sabíase en el castillo de la vida del bufón, pero alguien averiguó que durante la noche, mientras el bárbaro conde dormía, salíase *Gironcillo* por una puerta excusada que daba al campo, e íbase camino del monte y no tornaba hasta el amanecer...

* * *

Aquí será bien que para comodidad de quien leyere, recoja el narrador, por su cuenta, las palabras de doña Guiomar.

I

LA CEGUERA DEL AMOR

Cuando por la bárbara imposición de Fray Tomás de Torquemada (el más feroz y fanático de cuantas fieras tonsuradas presidieron aquel bárbaro Tribunal del Santo Oficio) decretaron nuestros Católicos Monarcas, Isabel y Fernando, fundadores de la Unidad española, la expulsión de los judíos, quedó España como sin alma, porque eran los laboriosos y sufridos hijos de Israel quienes por incuria y flojedad de los naturales se encargaron de dar vida a la nación, y así estaban en sus expertas manos la Industria, el Comercio y la Agricultura.

Entendido esto, no es mucho que el Sultán de Turquía exclamase, viéndoles cobijarse en sus estados:

—"¿Al Rey de España le llamáis el rey político, que empobrece su tierra y enriquece la nuestra?"

Y fuerza dolorosa es confesar que le sobraba harto la razón, que siempre por acá hemos sabido comportarnos de esta suerte.

Como se les arrojó de aqui en el plazo improrrogable de cuatro meses, sin que fuérales permitido llevar consigo oro, plata, ni moneda de ninguna especie, partía el alma ver los caminos llenos de gente de todas edades, que emprendían de nuevo ruta en busca de una tierra hospitalaria que, a cambio de trabajo, les consintiera descansar sus huesos.

Habían sido conminados con terribles penas los españoles que hubieren compasión de ellos y les ofrecieran de gracia un pedazo de pan que llevarse a la boca, un vaso de agua para mitigar la sed ni un techo para guarecerse de las inclemencias del tiempo.

Todo malvado tenía licencia para hacerles mal, quitándoles la poca hacienda que llevaban sobre sí, o la triste vida que traían sobre el alma atribulada.

Para las mujeres no había consideración, ni piedad para los niños, ni respeto para los hombres.

Aquella voz que oyera Adsverus cuando el tal negara descanso al Redentor del Mundo yendo éste camino

del monte Calvario con el angustioso peso de la Cruz y el escarnio del pueblo hebreo, volvía a oírse en las alturas:

"¡¡Anda, anda!!"

Y la inmensa caravana caminaba deshecha y aspeada sufriendo la pena de aquella culpa pretérita.

Así acaecen ser de ordinario los estigmas que pesan sobre una familia: el delito que hizo un antepasado pesa luego inexorablemente sobre toda la descendencia.

Aquellos malventurados no sólo no eran recibidos ni compadecidos en parte alguna, sino que entendiendo las gentes *cristianas* que habrían de llevar ocultos sus tesoros en las prendas de su indumentaria y aun en las partes más íntimas de sus personas, les desvalijaban y daban muerte sin cuidado alguno de la Justicia, pues que el matar a un judío apenas si estaba penado por las leyes de entonces.

Cosa de cada día era en las aldeas y villorrios salir a cazar israelitas como si fueran alimañas dañinas, y muchas de estas partidas eran comandadas por los párrocos y abades, no siendo los tales ministros del Señor quienes con menos saña se cebaban de crueldad en los indefensos cuerpos de los hombres y de lujuria en los de las mujeres, a quienes para esto no consideraban enemigas de Cristo.

La *carne de falda* siempre fué grata a todos los paladares.

Aun los niños y mancebos de entrambos sexos no respetaban, y muchas fueron las veces que marginaron los caminos de inocentes víctimas, o los atraillaron como perros en jauría llevándoles por vía de siervos y como si no fuesen carne de prójimo, sino bestias de carga, sometíanles a rudos trabajos, con premio de flojo mantenimiento y recio palo, que al fin no pensaban si no que daban sobre carne deicida.

Entre los que pasaron por las tierras del conde de Fuensaldaña del Valle (que así se llamaba el cruel amo de *Gironcillo*), y no es donde con menos rigor fueron maltratados y escarnecidos los tristes hijos de Judea, había un hombre anciano y una mujer, casi una niña, de extraordinaria belleza.

El viejo luego de ser despojado de sus vestidos, los cuales fueron deshechos para buscar entre sus hilachas el oro que consiguiera salvar, fué muerto a pedradas con otros de su secta, en la misma cruz del término.

La moza consiguió muy a duras penas ponerse en salvo aprovechando la confusión de los asesinos que no atendían a otra cosa alguna que a repartirse lo poco de valor en monedas y joyas que vinieron a hallar entre aquellos macerados despojos.

La Avaricia pudo en aquel ocasión más que la Lujuria, y así aquella prodigiosa muestra de la Naturaleza pudo salvar su garrido cuerpo de la torpe profanación del pecado mortal.

Sus lágrimas y lastimeros ayes no conmovieron poco ni mucho la bárbara ferocidad de quienes la dejaban sola en el mundo.

¿Qué mella puede hacer en el criminal que mata por codicia las lamentaciones y súplicas de quien cae bajo su ferocidad? El sabor de la sangre

le emborracha y cierra los sentidos a todo grito de piedad y conmiseración.

Un brutal empellón dado por un recio jayán hízola caer entre unos espesos jarales que orlaban el camino.

O por la fuerza del dolor que le causara el golpe, o por la pesadumbre que tomábale el alma por entero, quedó privada de todo sentido.

* * *

Al cabo de mucho espacio, ella no pudo apreciar cuánto, volvió en sí; vínole a la memoria lo pasado y creyendo que aún estarían por allí los verdugos de su raza, que en matar al triste viejo quitáronla el único amparo que le quedaba, estúvose queda...

Al cabo, como sus oídos no percibieran rumor alguno de gentes cercanas, echó a andar, sin saber cierto donde encaminar sus vacilantes pasos...

Angustiada y hecha un mar de lágrimas, extendiendo las manos hacia adelante como quien busca en las sombras, se metió por un escondido sendero.

Sus delicados pies, descalzos, hundíanse en el cieno y heríanse hondamente con los guijarros. Los vestidos, ya tan maltrechos que apenas si cumplían con su menester de cubrir la carne, acababan de ajironarse entre las zarzas y los cardos.

Una penitente de aquellas cuya vida han quedado inscriptas en libros devotos no iría tan desarrapada y llena de lodo.

Si hubiera sido posible que un artífice del arte e inspiración de aquellos inmortales imagineros españoles que fueron en el siglo Alonso Cano, Martínez Montañés, Salcillo, encontrárala en su triste camino no pudiera soñar con más exacto modelo para copiar el dolor y el desamparo de una mujer que todo lo ha perdido en la tierra.

Los gemidos no florecíanle en los labios porque no fueran reclamo a sus verdugos, y así sólo las lágrimas, amarguísimas, trazaban exteriormente el terrible drama de su pena.

En aquel preciso momento en que ya comenzaban a tenderse las espesas tinieblas de la noche pasó el bufoncejo hacia el castillo.

Más que maravillado quedó de ver a tales horas y en aquel sitio mujer de tal hermosura y tan extrañamente vestida.

Llegóse hasta ella extrañándole la falta de seguridad con que caminaba, pues con las manos siempre extendidas se abría paso de un peligro imaginario, hallándose en un terreno liso y franco, y se encontró con la triste sorpresa de que era ciega la malventurada...

¡Oh, la desgarradora y quieta tragedia de los ojos sin luz!

Presto entendió, reparando en su desusado indumento, que era de la raza proscripta por el fanático inquisidor y dejándose llevar tanto de la compasión a que mueve en las almas caritativas todo ser desgraciado, como de la influencia que en la carne masculina ejercen las buenas partes de una mujer hermosa, llegóse a la tal y, tomándole la diestra con

Delafuente

mucha suavidad, le habló de esta manera:

—No temas, hermosa niña, yo no soy de los que te desean mal y procuran el brutal exterminio de tu raza perseguida. Yo no tengo en mi sangre humilde la feroz levadura de la crueldad; yo no gozo ni medro con el dolor del prójimo; el llanto del desgraciado no encuentra en mí ecos de carcajadas. Muy al contrario, como yo soy de los olvidados de Dios, de los que padecen el poderío y la soberbia de los grandes, que no compadecen al que sufre, me conozco tan bien las heridas del cuerpo como las llagas del alma. No huyáis, pues, de mí; antes bien regocijaos de haberme hallado, porque acaso pueda haceros algún bien en vuestra desgracia. Ya que huís de las gentes, yo sabré llevaros adonde nadie os vea, adonde el peligro no puede llegar, porque allí no ha llegado, hasta ahora, otro ser humano que yo. Venid conmigo, hermosa y desvalida doncella, que yo os fío que seréis la más hermosa flor de un paraíso escondido.

A pesar de tan amables y confortadoras palabras, no sé qué ecos tuvieron en sus oídos, que respondió rechazando la diestra amiga que le tendía *Gironcillo* y, cayendo de rodillas:

—¡Piedad, señor, quien quiera que seais! Yo nunca os hice mal y, por tanto, no podeis desear mi perdición ni mi daño.

Tornó el bufón a hacer protestas de que nada tenía que temer y, para ofrecerle más confianza, díjole cómo él también venía de la misma casta, pues que un su abuelo fué secretario de aquel famoso Samuel Leví, tesorero del rey Don Pedro, a quien el tiempo señala aún con el doble apodo de el *Cruel* y el *Justiciero*, y que por codicia de tal soberano murió de mala guisa en la imperial ciudad de Toledo.

Por más confiarla y ver de ganarse la voluntad y confianza de la desvalida, díjola algunos de los más conocidos versículos del *Libro de los Reyes*, y como era hombre de buen ingenio que se le entendía de Letras, comenzó a recitar aquella popularísima trova de don Sampto, judío de Carrión:

En el nome del Padre, que fizo toda cosa,
et de don Jesucristo, fijo de la Gloriosa,
et del Espíritu Santo que igual de ellos posa...

La moza atribulada comenzó a escucharle con algún más sosiego, y fuéle perdiendo aquella prevención con que hubo de recibirle.

Con tales muestras de parentesco espiritual fuese aquietando la zozobra de la infeliz y dejóse amparar de *Gironcillo*.

Decíale éste, trayéndola cariñosamente hacia su regazo:

—No temas nada; ven conmigo, que yo tengo un escondite con el que no acertarán tus enemigos por más que busquen y anden de un lado para otro por estos parajes.

Ella se entregó confiadamente como un niño desamparado a quien ofrecen auxilio.

Mientras andaba no dejaba de gemir:

—Yo os prometo, señor, que no hay soledad y desamparo como los míos. ¡Cuán injusto y mísero fuiste

con tu pobre sierva, Dios de Israel! En lo mejor de mi vida, me negaste la luz de tus cielos, y ahora, para que sea más duro y penoso mi horrible calvario te llevaste a mi padre, que era el báculo y sostén de mi pobre vida. Todo sea por ti, Señor, si por acaso tienes propósito de pagármelo con creces luego de las jornadas de este mundo.

—¿Que os mataron al padre esta tarde?—preguntaba *Gironcillo*.

—Yo oí los gritos de su horrible agonía—respondió la huérfana—; pero no pude acudir en su auxilio, que harto hice con lograr apartarme de la fiereza de aquellos lobos carnívoros. El Señor me lo sabrá tener en cuenta.

El caritativo bufón desatóse en denuestos e imprecaciones terribles contra los infames que hicieron aquel mal recaudo dejando a la hermosa ciega en tan desoladora orfandad.

A buen seguro que los tales fueron los mismos colonos de su amo y señor, y aún podía tenerse por cosa cierta que por el mismo conde fueran azuzados, como feroces jaurías sobre la indefensa presa.

Gironcillo llevó a su protegida a una casa rústica que había en el corazón del bosque, la cual tenía un subterráneo muy profundo, pero no nada medroso.

En verdad que si la hermosa hebrea hubiese tenido la fortuna de gozar del sentido de la vista hubiérase maravillado del lujo con que su nueva mansión estaba adornada.

Acaeció que la mucha hermosura de Rebeca, que así se llamaba la infelice, comenzó a dar luz sobre el corazón del bufón, que siempre, hasta entonces había estado lleno de tinieblas y finó por ser llama tan intensa y voraz que le consumía la vida.

Tan pronto como acababa su menester placentero salía por aquella poterna excusada e íbase a la casita del bosque, de donde no tornaba hasta clarear el nuevo día.

Rebeca, en fuerza de no advertir junto a sí otra persona, y además por agradecimiento, fué tomando ley a su amparador y acabó por rendirse un día al sano y sincero amor que de continuo le ofrecía.

* * *

II

EL IDILIO

Mansamente, como agua escondida, seguía su curso aquel pacífico amor.

Era un idilio sosegado y pacífico en que antes intervenía el corazón que la carne.

Gironcillo recogíase a su nido apenas terminaba su menester de alegrar con forzadas burlas el mal humor y atravesado carácter de su amo, feliz momento que solía acaecer cuando el esquiloncillo de una abadía cercana tañía la hora de la *queda*.

Tomaba entonces su espadilla y, rebujándose en un recio tabardo que no traspasaba la pertinacia del frío, aunque fuese el más cruel de las noches de Enero, salía de la fortaleza, curando muy bien de que nadie le viese.

Como advirtiera que alguien podía encontrarle en el camino, agazapábase entre las matas o al amparo de los árboles como una alimaña medrosa, y había tan buen tino para càminar a oscuras, que estando aquellos sitios cuajados de trampas y cepos, nunca dió un mal paso que en ellos le hiciera caer...

A las veces decía Rebeca a *Gironcillo*:

—¿Cómo eres? Me gustaría verte. Siendo tu corazón tan hermoso y tus palabras tan dulces, no puede por menos de ser gentil y bien concertada tu figura, pues no en balde se ha dicho siempre que es el rostro el espejo del alma. Nunca como ahora me parece que me han hecho tanta falta los ojos...

Oyendo esto estristecíase *Gironcillo* por manera notable y no respondía nada; alguna vez si la moza insistía mucho en la pregunta indiscreta, preguntó a su vez con hondísima amargura:

—¿Por acaso no te va bien con quererme y tener certeza de lo que yo te quiero? ¿Para qué te hace falta saber cómo yo sea?

Y respondía Rebeca:

—Desde el punto y hora desdichados en que mis pobres ojos vinieron a quedar en eternas tinieblas, parece que todo se ha vuelto en contra mía. Fué una noche en Granada; la misma en que se pregonó el edicto del infame inquisidor, arrancándonos de la tierra que ya mirábamos como propia, porque fué fecundada con nuestro sudor y enriquecida con nuestra constancia. Como si el mismo cielo quisiese protestar de tan injusta tiranía, se levantó una tormenta horrorosa; las altas montañas que circundan la hermosa ciudad parecían máquinas infernales coronadas por rayos y centellas; la frondosa vega

inundada por el agua del cielo y las crecidas de *El Darro* y el *Genil*, prometía no ser más de allí en adelante gala de la Andalucía y aun del mundo entero.

¿Qué cosa tan bella habrá en el mundo que pueda sufrir la comparación con Granada? ¿Vos no visteis nunca aquella tierra mía? Pues bien podéis decir que vuestros ojos no se han abierto a la luz ni vuestra alma se ha asomado a los vergeles de la emoción...

Todo allá dijérase que se ha concertado y reunido para hacer de aquellos lugares un nuevo traslado del Paraíso. La Omnipotencia divina, que puso por palio el cielo, dió vigor y potencia a la tierra para que sacara de sus entrañas las flores y los frutos, impulsó al agua para que luego de haber satisfecho la sed de los hombres, de las bestias y de los árboles fuese recreo deleitoso de la vista. La industria y arte refinado del hombre, que, en homenaje a la mujer, labró aquella maravilla eterna que se llama la Alhambra, donde por siempre, aunque haya reyes tan crueles y zafios como éstos de ahora, morarán las almas predilectas de Profeta...

Rebeca se iuminaba cantando las bellezas de la patria perdida, para las que, según su entusiasmo, no había más plumas y liras capaces de cantarla que la de los poetas que vieron nacer tan afiligranada maravilla. Y como sus fogosas palabras manaban de lo más hondo de su corazón, eran elocuentes y magníficas.

Menester fué que *Gironcillo*, tanto por apartarla de exaltación tan intensa como por que siguiera la historia triste de su vida, le rogase, le encauzase la memoria en la relación que había comenzado.

La hermosa hebrea hizo caso del ruego y prosiguió el hilo de su cuento.

Mi padre no estaba en casa aquella tarde; hallábase con los notables de nuestra raza procurando que el fanático crimen no se llegase a consumar, para daño nuestro y oprobio de España.

De pronto una luz vivísima, cuyo resplandor no hay fantasía humana capaz de describirle, iluminó el espacio... Cuando el fogonazo de los cielos desparramóse en horroroso estrépito por las concavidades de aquellas altísimas cumbres, mis ojos estaban muertos...

Al llegar mi buen padre, no le vi llorar el espantoso e imbécil crimen que los católicos reyes cometían con el pueblo hebreo. No les dé Dios paz en este mundo ni descanso en la otra vida... ¿Y es a esta Isabel a quien llaman la sabia, la piadosa, la madre de su pueblo? ¡Mal fuego en ella y en toda su casta!

* * *

Rebeca, dejándose querer de *Gironcillo* sin que pareciera que ella ponía mucha parte de su corazón en aceptar las finezas del galán, íbale tomando tanta ley, que las horas del día que no teníale junto a sí diciéndole madrigales o cantándole endechas y trovas, compuestas por él mismo, haciansele monótonas y poco llevaderas.

Sola, como no tenía otros acompa-

ñantes que sus recuerdos, y los más recientes estaban tan llenos de luto, no hacía más que tejer y destejer el cañamazo de su pesadumbre. Unicamente a fuerza de esforzarse mucho para apartar la imaginación del pasado conseguía llevarla a los caminos de aquel amor nuevo, y entonces la palidez melancólica que bañaba de continuo su hermosa faz se arrebolaba un poco y se dibujaba una tenue sonrisa.

—¿Cómo será mi amante? — preguntábase constantemente.

A su Dios no le pedía otra cosa con tanto anhelo, como que fuera servido de tornar a dar luz a sus ojos para ver cómo era su galán.

No podía por menos de ser un gentil hombre; un arrogante mancebo.

El bufoncejo, que ya de tales ansias tenía noticia, empleaba a su vez la escasa influencia que pudiera tener con el Altísimo en rogarle que perpetuase aquella ceguera.

Temía que si por virtud de la ferviente plegaria de Rebeca conmovíase y daba en hacer el prodigio, tan pronto como su figura reflejárase en los ojos resucitados perdería el prestigio a que tan improvisadamente la alzó codiciosa caridad.

Con la ventura de este amor estaba tan contento *Gironcillo*, que llevaba con harta más paciencia de lo que solía hasta entonces, los desmanes e impertinencias de su amo y señor, el conde de Fuensalida del Valle.

III

LA LUZ DEL DESENGAÑO

Era un día caluroso del Agosto.

La atmósfera pesaba sobre la tierra de tal suerte, que sentíanse ansias de asfixia.

El espacio se llenó de nubes y comenzó a prevenir tormenta.

Rebeca, distraía su aburrimiento paseando por el jardincillo que engalanaba su mansión.

La tempestad avanzaba y desencadenóse al fin con toda furia.

La hebrea, presa del mayor espanto, corrió a guarecerse en lo más recóndito de la casa.

Cada vez que una chispa rasgaba las apretadas nubes, cubríase los ojos con entrambas manos como si el vivo resplandor le hiriera los ojos apagados.

En el preciso momento de poner el pie en el dintel de la casa, un espantoso relámpago iluminó el espacio.

Rebeca cayó al suelo, sin sentido, y allí estuvo hasta que las manos amorosas de *Gironcillo* la levantaron.

Mas, ¡oh prodigio! El mismo cielo que la cegara un día volvíale ahora

la luz a los ojos que ya no soñaban ver nunca...

Su alegría no tuvo límites, más que por otra cosa alguna, porque iba a tener la dicha de ver al hombre que era dueño de su vida y mandaba en su corazón.

Se dejaba llevar en aquellos brazos sin querer volver los ojos hacia el cuerpo que les mantenían por más retardarse a sí misma el placer de admirarle.

Gironcillo apretábala contra su pecho mientras que sus labios, en aquella ocasión más doloridos que ansiosos de recrearse en caricias carnales, la besaban en la frente...

Cuando ya el triste juglar trasponía el dintel de la cámara donde más íntimamente guardaba su tesoro, éste creyó que era tiempo de conocer a su amor.

Volvió los ojos para buscarle, y cuando parecían dispuestos para entonarse en demanda de un apretado beso en los labios, abriéronse desmesuradamente volviéndose a encerrar en seguida, no sin dejar en el rostro un profundo rictus de repulsión...

Tan de improviso tomóle la sorpresa, que Rebeca no fué dueña de dominar la tensión de los músculos faciales...

Cuando *Gironcillo,* que prestamente se dió cuenta del mal efecto que había causado su mala catadura, dejó al ídolo de su cariño sobre un riquísimo cogín de seda, miráronse entrambos por un buen espacio sin que ninguno de los dos fuera atrevido de hablarse primero.

En el alma de la hebrea lloraba desconsoladamente la desilusión; en el corazón de *Gironcillo* quedaba un vacío enorme.

Soñó con que aquella mujer tuviera alma y se encontraba con que no tenía más que ojos..., y maldijo de ellos y de la luz que les despertó del letargo en que dormían...

El malventurado se apartó de la hembra, y porque no le advirtiera el llanto, que bien a su pesar comenzaba a bañarle el rostro, se salió al jardín.

Amargo y desconsolado fué aquel paseo por la tierra húmeda y entre flores tronchadas por la fuerza de la tempestad.

Aún llovía con no poca fuerza, y *Gironcillo,* destocada la cabeza y sin un mal tabardo que le resguardase del rigor de las nubes la feble persona, andaba como una sombra.

La única dicha que había logrado en la Tierra se la quitaba traidoramente el Cielo cuando más confiado estaba con ella, cuando más suya la creía; cuando pensaba que, por estar sin más amparo que el de él, no habría codicia humana que se la pudiera arrancar...

Y sus ojos, pequeños y punzantes como dos aguijones, eran dos blasfemias que iban a buscar la Omnipotencia al través de las nubes para hincarse en Ella...

Rebeca, aunque harto apesadumbrada por el descubrimiento que mataba sus ilusiones de amante, fuése a buscarle para disimular como bien pudiera la mala impresión que recibieron sus pupilas cuando tornaron a recibir los besos de la luz.

Gironcillo la dijo antes de que ella hablara:

—No es tuya la culpa, ni tampoco es mía, perdona. Fué el *Destino*, que siempre es cruel con los desgraciados; para mí eras tú la única satisfacción que había gozado en la tierra, y mi mala ventura no podía consentir que fuese por mucho espacio. He aquí por qué no quería yo que vieses por otros ojos que los míos. Bien sabía que si la luz tornaba a dar vida a tus ojos habrían de quedar mi alma y mi corazón en las tinieblas que las envolvían cuando tú llegaste.

Rebeca no acertaba ni aun con palabras que pudieran decirse de cumplido a disipar el amargo desencanto del hombre a quien debía la vida, aunque el tal hubiérase cobrado la merced en tan magnífica moneda como la posesión de su hermosura.

Para aquella noche pretextó *Gironcillo* un urgente menester y se retiró muy pronto.

La gentil y desilusionada hebrea, ya más dueña de sí, conoció que no le estaba bien el mostrarse esquiva e hizo por retenerle como lo había por costumbre, mas no consintió en ello *Gironcillo*, y partióse a pasar la velada en el castillo de su amo.

Mala cuenta le tuvo esta decisión, pues con la pena que llevaba sobre el alma no acertaba a concertar ni una frase de ingenio ni siquiera una chocarrería de esas insustanciales y zafias que en el tiempo de ahora están al alcance de cualquier autor cómico de buena fama.

Cuanto salía de sus labios era insulso y desabrido, y más que mover a risa convidaba a sueño.

El Conde no le pudo sufrir, y tras de decirle que cada día que pasaba le dejaba más necio e insoportable y que de continuar de aquella manera daríase el placer de echarlo a las jaurías en medio del bosque, dióle tal empellón que le hizo rodar por el estrado.

No tan dolorido por la fuerza del golpe sufrido en el cuerpo, como por la herida que traía abierta en el alma, retiróse el triste a su zaquizamí, donde le pusieron en claro las primeras luces del alba.

* * *

Cuando a prima noche, como tenía por costumbre, tornó *Gironcillo* a lo que hasta el día anterior había sido la cueva de su felicidad, traía bajo de la capa un razonable hatillo que al tiempo de entrar en la casa dejó sobre un escabel.

Rebeca, sin comprender que sus ojos la vendían, quiso recibirle con los extremos que siempre lo había hecho, pero el bufón habló de esta suerte:

—Ya no es tiempo de ficciones. Mira, hija, por la impresión que yo sé que he causado a tus ojos cuando despertaron de su largo sueño, he conocido que ya no somos los mismos que hasta ayer.

Y continuó después de un breve espacio que hizo para limpiarse una lágrima:

—Lo más que puedes sentir por este pobre loco que te arrancó de las garras de la Muerte, es agradeci-

miento (porque de almas bien nacidas fué siempre agradecer y estimar las mercedes que se reciben), pero no amor. Yo, pensando que el agravio que pude haberte hecho con mi mala figura, que no estuvo en mi mano elegir, tampoco puedo tener ya aquella ilusión de antes, y aun del aire que respiras y de la luz que te alumbra habré de estar receloso; así es que he pensado que te pongas estas ropas tan distintas de las que llevas que no te denunciarán ante el vulgo, tomes este bolsillo en el que hay bastante oro para que llegues al puerto de Valencia y desde allí sigas la huella de los de tu raza.

Hizo luego unos dolidos recuerdos del día en que la hallara perdida en el camino, y tras de lamentarse que tal momento hubiera pasado por los capítulos de su vida, prosiguió:

—Perdóname si fuí tan villano que me cobré el favor, pero tengo en descargo de mi conciencia que tu espléndida belleza era la primera luz que se me entraba en el corazón.

Protestó Rebeca diciéndole que si por acaso había él advertido alguna extrañeza al recobrar los ojos, nació de la sorpresa natural de encontrarse con cosa tan distinta de lo que tenía pensado, pero que de ninguna manera pudo nacer aquella sorpresa del fondo de su corazón agradecido.

—Y como yo no pido agradecimiento, sino cariño—atajó *Gironcillo*—, te ruego que te vayas y si aún te fuerza a insistir ese agradecimiento, sabe que yo no he de volver más en todos los días de mi vida, que ya no pueden ser muchos, ni a esta casa, ni a este bosque siquiera...

Rebeca obedeció el ruego del juglar.

No insistió y se despidió llorando.

En el fondo de su alma, conoció que su amor se extinguía, y solamente como un sacrificio heróico podía amarrar su juventud y su belleza a tal montón de lacerias y de años.

En el siguiente día, antes de que el sol dorase las cumbres de las altas montañas que circundaban el valle y engalanara los campos enjoyecidos por el rocío de la noche, Rebeca dejó la mansión del bosque donde había salvado su vida, creyó encontrar el amor y sólo halló la luz del desengaño.

Aunque *Gironcillo* se dejó prendida el alma en este sincero sentimental, su dolor fué tan intenso y callado que no pudo derramar una sola lágrima, antes bien, lloró tanto que llegó a perder la razón...

Ya no quería verle su amo, y cuando por acaso le hallaba, no era sino para maltratarle y zaherirle.

Como una sombra iba y venía por los patios y las cámaras del viejo castillo, sin que nadie le mirara con lástima ni piedad.

IV

EL PLACER DE LA MUERTE

Aquella mañana el bárbaro y voluntarioso conde de Fuensalida, que sin duda había pasado la noche entre las alucinantes brumas de un mal sueño y quería quitarse el mal sabor con gorjas de la vida, comenzó a hundir el castillo a voces demandando la inmediata presencia de un hombre de placer.

Pajes y escuderos echáronse a buscarle por cámaras y antesalas, y nadie logró encontrarle dentro ni fuera de la fortaleza.

En fuerza de subir y bajar escaleras y escudriñarlo todo, desde los patios hasta las almenas, un soldado vino a dar con el escondrijo de su merced, en el cubo de una torre.

Pero no se piense que le llegara a encontrar descuidado ni holgándose con la preparación de nuevas bojigangas con que alegrar la murria de su amor, sino que le halló fenecido y velado por un fraile franciscano, el cual a la pregunta que le hizo el soldado acerca de las causas que hubieran podido determinar la muerte del triste *Gironcillo,* respondió, sin alzar apenas los ojos del libro en que leía:

—Murió esta noche, y a lo que parece debió de morir de algún mal del ánima.

Sin detenerse a más averiguaciones tornó el mandado junto al Conde y le dijo:

—Señor, *Gironcillo* es muerto.

Y el Conde, como si de veras sintiese el triste suceso, comenzó a decir a grandes voces que quién había matado a su bufón, y mandó que se indagase luego para colgar del pico de una almena al autor del desaguisado.

Mas pensando el ballestero que aquello iba dicho en serio y pudiera traer una inquisición que costara la vida a algún inocente, replicó:

—Señor, dicen que no le ha muerto otro que Dios, y que tiene de haberlo hecho por medio de alguna secreta pesadumbre.

Pensando en lo extraño que era morir de pesadumbre quien sólo de gorjar vivía, comenzó el Conde a reír, diciendo:

—En verdad que serían notables las penas de esta sabandija. ¿Qué honra le han podido quitar? ¿Qué hacienda pudo perder? A fé que le habrá quedado el rostro más grotesco del mundo. ¡Vive Roque! Quiero contemplarle por vez postrera en pago de los buenos ratos que me tiene hechos pasar.

Mandó que le dieran de vestir, y luego de que lo hizo con toda calma, empleando para más escarnio un buen espacio en sus devociones, asistido por el capellán del castillo, antecogió a gritos y empellones toda su corte, como un pastor imbécil que a pedrada limpia reuniera su ganado y fuese a hacer a visita mortuoria.

* * *

Y aquel escondido rincón en donde gobernaba la Muerte, fué ruidosamente invadido por el y la servidumbre.

Sin respeto alguno embocaron todos en la estancia donde yacía el cadáver.

El fraile no levantó los ojos de su libro de rezos.

Paróse el *ama* delante del cuerpo muerto y por un buen espacio le contempló sin hablar palabra ni hacer gesto alguno; pero, pareciéndole que harta veneración para tan poco difunto, presto profanó la gravedad del momento con necias palabras y torpes risas.

—¡Por Dios que ya han tenido fin tus piruetas—decía—, diste el último salto y has caído de espaldas, pero yo pongo cualquiera cosa de valor a que habrás acertado a componer el gesto con alguna espantable mueca! Quiero verle la cara y el corazón.

Todos estaban pendientes de las cínicas palabras del Conde.

El religioso, que con la capucha calada y el libro de rezo de entre las manos estaba como una efigie del silencio a la cabecera del paño mortuorio, no pudo por menos de romper su inmovilidad ante tan bárbaras razones dichas en tono de regocijo, como si la Muerte no fuese cosa en la que se resumiesen todos los respetos de la vida.

Sus ojos fueron a clavarse en los del señor, y sus manos salieron al encuentro de aquellas otras que disponíanse a ser instrumentos de una inícua profanación, pero ya no era tiempo, porque aquel monstruo de la crueldad y del despotismo, desenvainando la daga que pendía de su cinto, habíase llegado al cuerpo yaciente.

Con la punta de acero, que al fúnebre resplandor de los cirios brilló por un instante como un rayo espectral, levantó el lenzuelo de encaje del que hasta poco antes había sido su hombre de buen humor, y vió cómo

la Muerte había sido harto más piadosa con él de lo que fué la Vida.

Una apacible y tranquila sonrisa iluminaba su rostro y todo él tenía una venerable paz que le hermoseaba.

Asombrados quedaron todos.

Creyérase que aquel rostro empalidecido estaba sublimizado por un nimbo extraño, y no era otra cosa alguna sino que la luz del sol, filtrándose al través de una vidriera, iba a besar la frente de *Gironcillo*.

El conde quiso seguir adelante con su antojo inhumano. Hundió la daga en el corazón del muerto, pero de la herida no manó sangre, sino como una agüilla.

Al ser preguntado el médico, dicen que dijo que era hiel...

EPÍLOGO

Cuando calló la dueña, nada dijeron doña Marta y doña Violante.

Con tanta atención habían escuchado la dolorida conseja que apenas si se dieron cuenta de que había llegado a su fin.

El escudero seguía durmiendo y roncando a las veces estrepitosamente, como si fuera tendido en el más mullido colchón de plumas.

Solamente un rudo vaivén que dió la pesada máquina en que iban, hízoles volver a todos a la realidad.

Las voces del cochero mandando apartarse a unos muchachos, y la de un espolique abriendo la portezuela, les hizo comprender que habían llegado a una venta.

Para que más tuvieran esta afirmación vieron llegar muy ceremoniosos a los venteros que, dándoles los tratamientos más altos, ofrecíanles sus servicios.

El vejete, como se vió sacudido no muy blandamente por doña Guiomar, abrió los ojos y, atarazándose a su rosario, exclamó con beatífico tonillo:

—Un Padre nuestro porque Dios mantenga la paz y concordia entre los príncipes cristianos... Padre nuestro que estás en los cielos...

Todos rieron, de que el viejo se corrió no poco, y más cuando le dijo doña Marta:

—Anda, Sanchuelo, apéate del Limbo que has llegado a una venta de la Tierra...

Diego San José

Entre fieras

Es el título de la hermosa novela inédita, que ha escrito expresamente para

Los Contemporáneos

el ilustre dramaturgo

D. MANUEL LINARES RIVAS

La emoción del asunto, unida a la belleza de la forma donde campa el diálogo amenísimo y fácil del maestro que dió al Teatro joyas como **LA MALA LEY** y **COBARDIAS**, subyugan desde las primeras líneas y hacen que el lector siga siempre con interés creciente hasta el final de la novela. Sin hipérbole, podemos decir, que

Entre fieras

es una de las mejores muestras del lozano ingenio de su autor

Se publicará muy pronto

NEUTRÁCIDO ESPAÑOL

CURARÁ INTEGRALMENTE su enfermedad de ESTOMAGO HIGADO O INTESTINOS

DOCTORES españoles y alemanes, especialistas, han recomendado con vivísimo interés a los más notables Profesores de la Facultad de Berlín el uso y estudio clínico del *Neutrácido Español*.

OBTUVO del Eminente Jurado Médico, de la Exposición de Higiene de 1919 en Madrid, Gran premio *Medalla de Oro*.

OBRARÁ usted acertadamente iniciando hoy mismo su tratamiento con este sin igual remedio que vencerá rápidamente su padecimiento digestivo, por grave o antiguo que sea.

Frasco: 6 pesetas.

Solicite usted del concesionario exclusivo: **D. José Marín Galán, Arjona, 4, Sevilla,** un notable y lujoso folleto que le será remitido gratuítamente, y si no halla usted en su localidad este específico le enviará un frasco, certificado, por **6,50** ptas.